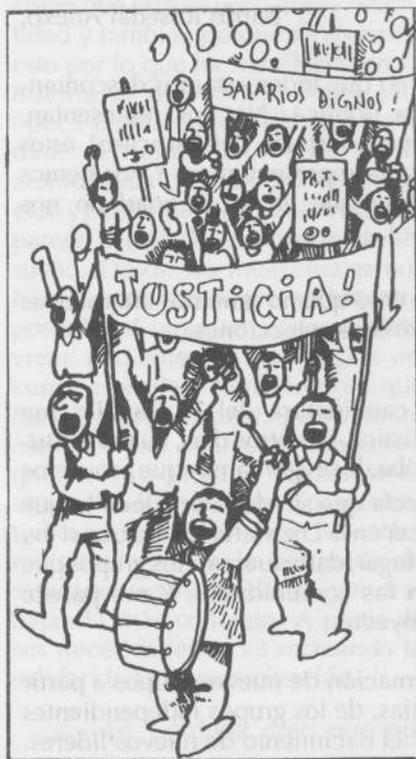


LO SOCIAL O LO POLITICO

una imagen de la crisis

Querría, con el título de este breve artículo, sintetizar una de las caras que presenta hoy la crisis para los militantes: percibir como opuestos o contradictorios sus desempeños en estos dos campos: el social y el político. Las razones para ello son múltiples y vienen desde hace tiempo; pero en esta época tiene especial fuerza una causa con peso propio: el patético descrédito de la política y



los políticos. La política convertida en espectáculo, los políticos disputando pantalla con los personajes de la farándula, la transformación de partidos populares en fríos ejecutores del ajuste económico antidemocrático, la presente presencia de la corrupción y el sentimiento de que la impunidad premia a los deshonestos. Sumado a esto, la impotencia, ineficacia y desunión de los sectores políticos de oposición crítica; todo ello ha llevado a que masivamente la militancia social deserte de la política. Se descrece de la política, los políticos y la capacidad contenedora de la democracia para albergar, proteger y madurar los intereses de las mayorías. Esto configura un primer aspecto del rostro de la crisis, problemático por cierto.

El segundo aspecto al que voy a referirme se relaciona con algunas respuestas que se vienen dando a esta situación: ya llevadas a cabo, en algunos casos y posibles de efectuarse, en otros. Es verdad que el camino más trillado ha sido, hasta hoy, la desertión y el desencanto. Pero entre quienes vienen resistiendo pareciera imponerse una consigna: hay que refugiarse en lo social y esperar de la política... nada. Lo político ha comenzado a ser visualizado como algo perverso en sí mismo, terreno irrecuperable para una militancia en serio y comprometida. Incluso frente a cualquier propuesta participativa o de articulación proveniente de sectores de la política, la reacción espontánea será la desconfianza (ya aún, el desprecio). La elección de lo social como ámbito único de acción y trabajo ha sido acompañada, pues, por una suerte de satanización del espacio político.

Quisiera agregar a este segundo aspecto señalado - a modo de ejercicio de anticipación - cuáles podrían ser algunas futuras (y peligrosas) salidas a esta situación. Para ello voy a partir de una conclusión: los campos de lo social y lo político son (o deben ser) inescindibles.

Quiero, por lo tanto decir: sólo habrá crecimiento histórico y eficacia transformadora en la medida que sean **campos de acción articulados permanentemente**. La ruptura de ese difícil equilibrio conduce, por una parte, a lo que ya está sucediendo: la perversión de la política y la ineficacia

- en definitiva - del trabajo militante en lo social. También podría conducir a otro resultado (y aquí pongo en juego mi anticipación): que los militantes sociales, cansados al fin de falta de resultados y proyección de sus esfuerzos, intentan volver a la política, pero de modo jacobino, fundamentalista (¿en el carro de algún redentor de turno, por ejemplo, o coyuntura política similar?). Podrían, entonces, razonar de esta forma: si la política ha sido hasta ahora territorio de arribistas y corruptos, habrá que limpiarla, como sea. Si hasta hoy ha consistido en un juego de pluralismos paralizantes, habrá que ponerla en marcha... con la imposición de un proyecto hegemónico y dominante. Si la mayoría aún no tenían portavoces auténticos, una nueva minoría se lo propondrá como vocación y destino: representar de verdad aquellos intereses postergados, jugándose enteramente para lograrlo.

Si esto de verdad ocurriera así, una vez más la política sería invadida por el voluntarismo absoluto, que se define como una apuesta por el cambio radical, doloroso y a corto plazo, liderado por minorías bienintencionadas y esclarecidas (¿qué fueron, sino, las experiencias revolucionarias de corte jacobino-leninista?). Que dicho cambio pueda ser más o menos violento en sus métodos, será algo tangencial.

Se trata sólo de un ejercicio de imaginación, pero no un invento descabellado. Porque conocemos, justamente, los resultados del fundamentalismo político en nuestra propia experiencia argentina, es que debemos volver a reafirmar dos certezas sustantivas: una, que el cambio social radical, es posible. Otra, que será viable y efectivo a través de procesos de lenta maduración que aprendan a conjugar tareas de transformación efectuadas en el campo de lo social (donde se está construyendo una nueva hegemonía) con los esfuerzos desplegados en el ámbito político (inserción de esa nueva hegemonía emergente en la **disputa global** que la sociedad mantiene en torno al sentido y gestión del poder colectivo).

Alberto Parisi

Córdoba, julio de 1993.